

Para Clinton, si se salva, una nueva oportunidad

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

El verdaderamente interminable escándalo, o cadena de escándalos, que ha sacudido a Washington en tiempos recientes cobró dimensiones mayores pocos días antes de las elecciones de noviembre pasado. El asunto de White-water que se transformó en *lewinskygate* amenazaba con engullir a quien se le pusiera enfrente: el presidente Clinton en particular, y los candidatos demócratas por asociación involuntaria, al menos por parte de ellos, estaban en la mira de un electorado que, aparentemente, no estaba dispuesto a dejar pasar esta afrenta al principal mandamiento de la cultura anglosajona protestante: "No mentirás."

Ese era el panorama que se presentaba en noviembre, con las consecuentes secuelas que analistas y expertos desmenuzaban. El inicio del proceso de destitución, o, en su intraducible original, *impeachment*; la humillación pública del presidente del país más poderoso del mundo, el vacío de poder, la debacle demócrata como venganza histórica o justicia divina, proveniente al fin de la derecha religiosa, ante las vergüenzas impuestas a Richard Nixon hace 24 años.

Pero no sucedió así. Las cosas han resultado distintas, y lo que resulta claro es que ni el escándalo tuvo el impacto que se creía ni las instituciones políticas estadounidenses están a salvo de futuros ataques similares o peores. Al escribir este artículo, todo parece indicar que Clinton se sobrepondrá a cualquier intento de destitución de su cargo, si bien tendrá que pagar un precio, no se sabe aún cuán alto, por sus actos personales. Lo que nos interesa hoy son las probables consecuencias, para él, para su partido y para los republicanos, de cara estos dos a las elecciones presidenciales del año 2000.

En contra de todos los pronósticos, los candidatos demócratas obtuvieron una importantísima victoria relativa en las elecciones intermedias del pasado martes 3 de noviembre. Cuando la mayoría de los analistas esperaban un castigo más o menos severo al Presidente y a su partido y se especulaba acerca del número de asientos en el Congreso y el Senado que los republicanos añadirían a su mayoría, el electorado sorprendió a propios y extraños al no cumplir las predicciones y, de hecho, darle cinco escaños más a los demócratas. Fue la primera vez en 64 años que el partido que ocupa la Casa Blanca aumenta su presencia en el Congreso en una elección intermedia.

La victoria de los demócratas es bastante subjetiva. No lograron reconquistar la mayoría en la Cámara de Representantes ni tampoco en el Senado. El mapa electoral sigue dominado por los republicanos, que conservan 34 gubernaturas en su poder. Pero, como todo en política es relativo, el simple hecho de haber evitado una debacle los convierte automáticamente en vencedores. Les ayuda también, en términos de la batalla de las percepciones públicas, el hecho de haber triunfado en algunas contiendas altamente publicitadas, como la gubernatura de California. Pero lo más importante, sin duda, es el haberse sobrepuesto a una ofensiva republicana que no conoció límites desde que, hace cuatro años, Gingrich encabezó la revolución conservadora que le dio a su partido la mayoría en el Congreso.

Para Clinton, que se había visto asediado por la investigación de Kenneth Starr y por el inicio de procedimientos tendientes a removerlo del cargo, los resultados fueron particularmente gratos. Muchos demócratas en la campaña buscaron distanciarse de su presidente, temerosos de la resaca del *lewinskygate*. Ahora, en cambio, ven en Clinton a un valioso activo político, camino a las elecciones del año 2000. Por si todo eso fuera poco, las elecciones trajeron consigo un bono inesperado: la renuncia del poderoso presidente de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, el más enérgico y apasionado contrincante político de Clinton, que tuvo que asumir las consecuencias de sus fallidas estrategias.

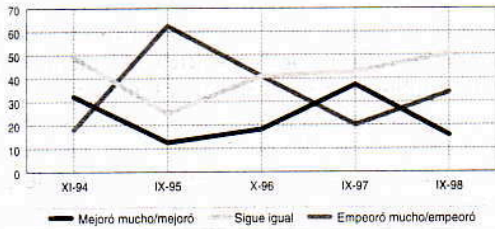
Con Gingrich a la cabeza, desde 1994 los Republicanos le declararon la guerra a la administración Clinton. Le bloquearon presupuestos y nombramientos, le cerraron la administración pública en una confrontación sobre el presupuesto federal y permitieron y promovieron la investigación de Starr, buscando utilizarla para su propio provecho político hasta el último día de la campaña electoral. El arquitecto de esta ofensiva fue Newt Gingrich, un congresista de Georgia que apenas y fue reelecto en 1990, y que ocupó el puesto de líder de la minoría republicana en una época en que resultaba casi impensable que los demócratas perdieran su mayoría en el Congreso. Al encabezar el triunfo republicano en 1994 Gingrich se volvió el segundo hombre más poderoso de los EUA, y se dedicó a recordárselo a cada momento a Clinton.

Situación económica personal:

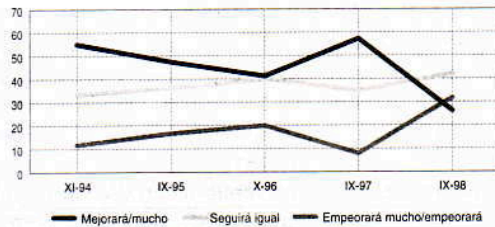
Situación económica personal

Balance y expectativas

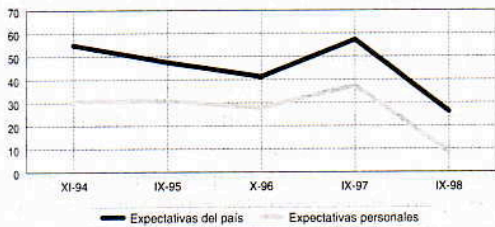
EN RELACIÓN AL AÑO PASADO DIRÍA USTED QUE SU SITUACIÓN ECONÓMICA PERSONAL...



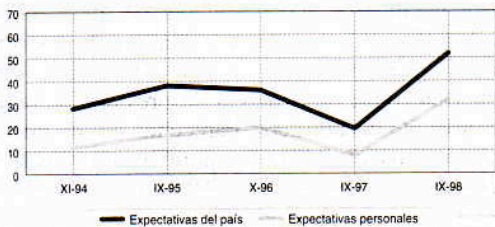
Y PARA EL PRÓXIMO AÑO SU SITUACIÓN ECONÓMICA PERSONAL...



EXPECTATIVAS ECONÓMICAS PARA EL PAÍS VS EXPECTATIVAS ECONÓMICAS (MEJORARÁ)



EXPECTATIVAS ECONÓMICAS PARA EL PAÍS VS EXPECTATIVAS ECONÓMICAS (EMPEORARÁ)



Vitrina metodológica:

Levantamiento: 2-18 de septiembre de 1998; tamaño de la muestra: 1,950 casos conformada por hombres y mujeres mayores de 18 años de los distintos niveles socioeconómicos, habitantes de zonas rurales y urbanas del país. La selección de la muestra fue polietápica; nivel de confianza: 95; margen de error: 4%. Encuesta coordinada por Factum Mercadotécnico.



La furibunda oposición de Gingrich y el resto de los republicanos a Clinton tiene menos que ver con los escándalos recientes o incluso con cuestiones de agenda política, y mucho más con el hecho de que Clinton es visto como el hombre que revivió al Partido Demócrata como una verdadera opción política en su país. Desde que participó, hace ya diez años, en el Consejo para el Liderazgo Demócrata (Democratic Leadership Council), Clinton se dio cuenta de que los demócratas se habían alejado demasiado del centro político y del sentir de las clases medias como para poder recuperar la Casa Blanca. Desde 1970, los republicanos controlaban al Ejecutivo, salvo por un cuatrienio de Carter que tuvo probablemente más que ver con el rechazo ciudadano a la guerra de Vietnam y a Watergate que a una verdadera convicción política. Los doce años de Reagan y Bush transformaron aún más el panorama político estadounidense, recorriendo el centro político cada vez más hacia la derecha. Así, los demócratas se alejaban cada vez más del electorado, fieles a unos principios cada vez más anticuados. En 1972, con la candidatura de George McGovern, el partido demócrata se había anclado, sin saberlo, en una izquierda que no tenía nada en común con los jóvenes de las nuevas clases medias. Los sindicatos y las minorías eran sus únicos clientes relativamente seguros.

Para la extrema derecha republicana, Clinton se convirtió en el enemigo a vencer no sólo por haberle dado nuevos alientos a los demócratas, sino por haberlo hecho desde la que era hasta hace poco una sólida base electoral republicana: el sur de los EUA. Con gran habilidad, Clinton se proyectó como un blanco sureño capaz de triunfar nacionalmente, con un compañero de fórmula igualmente sureño que virtualmente garantizaba a los demócratas una larga vida en la Casa Blanca. Con cada éxito de Clinton más probable parecía un largo reinado demócrata con una sólida base electoral: clases medias, relativamente jóvenes y prósperos, son sin duda alguna los votantes del futuro. De ahí la reacción republicana, que no encontró eco hasta ahora en el electorado. No sólo no impactó negativamente a los demócratas, sino que incluso en el campo republicano dio un impulso a los candidatos más centristas y moderados, que fueron los triunfadores en esta última elección.

Eso fue lo que motivó el odio visceral de Gingrich y los suyos hacia Clinton. Lo atacaron con todas sus armas, pero olvidaron que en política, el que se enoja pierde, y el que se avoraza pierde dos veces.

Hasta ahí los odios políticos. Lo que todos sabemos, es que el Comité Judicial de la Cámara de Representantes votará para decidir si recomienda o no al pleno votar para remover a Clinton del cargo. Si, como todo parece indicar, el Comité aprueba la recomendación en un voto estrictamente partidista en que la mayoría republicana se imponga, entonces podríamos ver al pleno de la Cámara votar a favor o en contra del *impeachment*. De acuerdo con las complejas reglas que se deben seguir, si esto sucede entonces el Senado deberá resolver, tras un juicio en su seno, si encuentra o no culpable al Presidente de las faltas de que se le acuse. Si dos terceras partes, o sea 66 de 100, de los senadores votan "culpable", el jefe del Ejecutivo deberá dejar su cargo. Si no es así, todo queda como si nada hubiera pasado, y el presidente continúa con sus funciones normalmente. Para cuándo se publique este artículo, la incógnita estará despejada. Todo parece tan sencillo, y tan previsible, que no se entiende el alboroto. ¿O sí?

El caso "jurídico" podrá ser ese, pero el asunto ha traspasado claramente ese ámbito para convertirse en uno eminentemente político, en que están en juego muchas más cosas de las que parecen. En primera instancia, claro, la presidencia de Clinton. Esa todavía podría ser la principal víctima de este curioso proceso, y de hecho bien podría decirse que,

aunque el procedimiento de *impeachment* fracase, la gestión de Clinton quedará por siempre marcada por este escándalo. Será una gran ironía que uno de los presidentes más activos y exitosos en los últimos tiempos pase a la historia como el presidente de los escándalos. Tan serio o más que la posible dimisión de Clinton, es el que su legado político, que consiste básicamente en su capacidad para reinventar al partido Demócrata, acercándolo al centro y a las nuevas generaciones de electores, podría quedar manchado por este acontecimiento. Después de las elecciones intermedias, esto parece mucho menos probable. Pero queda la duda, aunque se salve Clinton, lo cual parece cada vez más probable, de si perdurarán las políticas que impulsó y promovió. Con este escándalo, Clinton se verá seriamente afectado en su capacidad de influir como expresidente, en lo que seguramente habría sido una exitosa carrera de viejo sabio cuando se retirara de la política. Al menos en ese aspecto, los republicanos parecen haber tenido éxito.

Para la extrema derecha republicana, Clinton se convirtió en enemigo a vencer no sólo por haberle dado nuevos alientos a los demócratas, sino por haberlo hecho desde la que era hasta hace poco una sólida base electoral republicana: el sur de los EUA. Con gran habilidad, Clinton se proyectó como un blanco sureño capaz de triunfar nacionalmente, con un compañero de fórmula igualmente sureño que virtualmente garantizaba a los demócratas una larga vida en la Casa Blanca. Con cada éxito de Clinton más probable parecía un largo reinado demócrata con una sólida base electoral: clases medias, relativamente jóvenes y prósperos, son sin duda alguna los votantes del futuro. De ahí la reacción republicana, que no encontró eco hasta ahora en el electorado. No sólo no impactó negativamente a los demócratas, sino que incluso en el campo republicano dio un impulso a los candidatos más centristas y moderados, que fueron los triunfadores en esta última elección.

La consecuencia final, y más grave, de toda esta escandalitis, tiene más que ver con el creciente escepticismo e incredulidad del electorado estadounidense con respecto a sus políticos. Ya bastante afectada desde tiempos de Watergate y de la guerra de Vietnam, la clase política estadounidense se enfrenta ahora al *lewinskygate* o al *starrgate*, y ve con gran preocupación como los votantes se alejan cada vez más. Muchos, desde hace tiempo, optaron por el abstencionismo, que alcanza proporciones preocupantes. Ahora, por si eso fuera poco, los ciudadanos que sí votan optan cada vez más frecuentemente por candidatos que prometen no ser políticos, aunque sean demagogos como Ross Perot o exluchadores como Jesse Ventura, gobernador electo de Minnesota.

Con esos parámetros, y con esas perspectivas, será cada vez más difícil que los jóvenes brillantes de las nuevas generaciones opten por la política, con toda la carga de descrédito que esta conlleva. A mayor desprestigio de la política, menor nivel de los políticos. Parece tan obvio, que todos lo entienden menos, claro está, los políticos mismos.

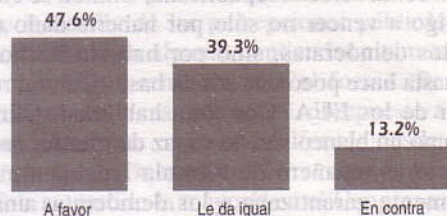
Comentarios: gguerra@interlog.com

México y el extranjero

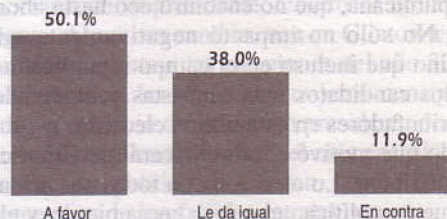
México y el extranjero

Libre comercio

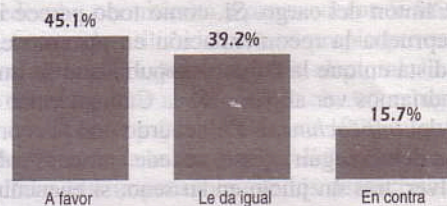
¿ESTÁ USTED A FAVOR O EN CONTRA DEL TRATADO DE LIBRE COMERCIO CON EUA Y CANADÁ?



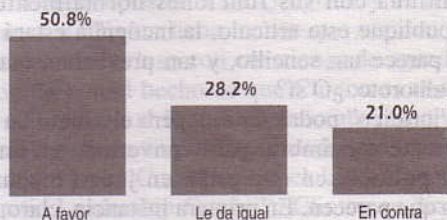
¿ESTÁ USTED A FAVOR O EN CONTRA DE UN TRATADO DE LIBRE COMERCIO DEL CONTINENTE AMERICANO?



¿ESTÁ USTED A FAVOR O EN CONTRA DE LA LIBRE MOVILIDAD INTERNACIONAL DE CAPITALES?



¿ESTÁ USTED A FAVOR O EN CONTRA DE UNA MONEDA COMÚN EN LOS PAÍSES DEL TLC?



Vitrina metodológica:

Levantamiento: 30 de septiembre al 2 de octubre de 1998; **tipo de encuesta:** se realizaron 439 entrevistas tanto en el DF como en el Estado de México, se utilizó muestreo aleatorio estratificado y controles cualitativos por edad, género y nivel socioeconómico; **margen de error:** $\pm 5\%$; **nivel de confianza:** 95%.



Alducin y Asociados
Estudios sobre Valores, Opiniones,
Expectativas y Mercados